



## *Mario Vargas Llosa, ¿un enigma de la fabulación?*

por Giuseppe Grilli

Cuando conocí a Mario Vargas Llosa, corría el año 1970; el escritor por aquel entonces ya había empezado su progresivo alejamiento de la izquierda canónica. Era el momento del caso Padilla, el poeta cubano disidente de quien el futuro premio Nobel, primer peruano en ser galardonado, se erguía en valiente defensor. Mario, en esas fechas, vivía afincado en el barrio de Sarrià de Barcelona y, a pesar de su éxito literario tras las grandes novelas del exordio, desde *La ciudad y los perros* (1963) y *La casa verde* (1966) hasta *Conversación en la catedral* (1969), mantenía un apego sincero y cordial, desenfadado, en nada ostentoso. Se le consideraba, sin embargo, un autor muy afamado y brillante, algo más que una promesa. Sonriente y feliz, compartía el trabajo meticuloso de escribir a diario con lecturas de amplio abanico, compromisos sociales (pocos) y vida familiar. Como revelaría pronto con su novela *La tía Julia y el escribidor* (1977), esa etapa existencial venía marcada por sentar familia con la bellísima prima Patricia, y sus niños. Mario era además un guapo (belleza que no ha menguado con la madurez, ni siquiera con la entrada en una tercera edad bien disimulada); en aquel entonces era un joven capaz de fascinar a hombres y mujeres de todo tipo, incluidos los estudiantes. Con todo, estos últimos no dudaron en rebatirle de forma incisiva tras una conferencia dictada en la Universidad, al grito de «colonizado». Tardaría Mario muchos y muchos años en elegir la ciudadanía española y tomar posesión de la silla en la Real Academia. Ello, cabe hacer memoria, ocurrió en todo caso ya muerto el Dictador y realizada la transición democrática, y tras el fracaso del proceso político en el Perú, que en lugar de elegir a Vargas Llosa para la Presidencia optó por otorgarle la mayoría al siniestro Fujimori.



Aquellos acontecimientos posteriores, incluido un itinerario explícitamente político, en realidad, confirmarían las acusaciones y el descrédito del antiguo militante o simpatizante de una democracia cristiana latinoamericana que en un momento dado supo manifestarse como opción muy avanzada, muchas veces a la izquierda de tantos partidos socialdemócratas roídos por la burocracia y la subalternidad, como pudieron ser (si siguen siendo) el *Apra* en Perú o *Acción democrática* en Venezuela. Mario Vargas, por tanto, roto el vínculo solidario, fue progresivamente acentuando el viraje a la derecha, tendencia que le permitió descubrir el encanto discreto del liberalismo. A pesar de ser el suyo (y mucho más el de su hijo Álvaro) un liberalismo en lo económico y social ante todo, y con cierta inclinación reaccionaria en lo político, Mario no ha renegado nunca de cierto impulso libertario: el que me enamoró en su novela breve *Los cachorros* (1979), que tanto amé. De esa idea personal de libertad, ha ido difundiendo declaraciones y discursos no solo periodísticos. Muestras de ello, por ejemplo, son sus discursos de agradecimiento por el premio Nobel o por el ingreso en la Real Academia Española, como también su participación en el programa de Fazio en la italiana Rai tre, *Che tempo que fa*. Ciñéndose a esos discursos, quien no hubiera seguido todos esos vaivenes existenciales del compromiso intelectual del narrador difícilmente podría imaginar que Vargas Llosa haya interpretado un papel político tan decisivo, como aquí se ha apuntado, y que éste haya podido marcar tan profundamente su biografía; en efecto, quien haya leído sólo uno de sus libros aparentemente no literarios como *El pez en el agua* (1993), difícilmente llegaría a comprender la inclinación de un escritor que ha logrado romper el *cliché* decimonónico del *engagement*<sup>1</sup>. No es fácil interpretar esta oximórica determinación, donde libertarismo y vuelta al orden, o si se quiere ese viraje a la derecha al que he aludido, viven una simbiosis en gran medida compartida con una tradición que fue bien difundida entre los «raros»<sup>2</sup>. En esa línea, ya entrado el siglo XX, encontraremos a Maurras, Eugenio d'Ors y algunos otros; pensemos en Leo Longanesi entre los italianos, que han recorrido senderos parecidos. Y entre ellos, también, con su peculiaridad, contaremos a Borges, que ha interpretado el final inexorable del ochocientos como imposibilidad de la aceptación moderna de las ideologías de progreso.

Con esa premisa resulta considerablemente oportuno citar el monográfico de *Letterature d'America* dedicado a "Utopie, realtà e menzogne: Mario Vargas Llosa" (*Ispanoamericana*, XXXII, 138, 2012). El volumen consta de cuatro estudios de cierta extensión (un promedio de una treinta páginas cada uno), que aseguran unas calas en profundidad en las temáticas elegidas. Incrementa la solidez de la aproximación el

---

<sup>1</sup> Remito, para una indicación concreta, a su ensayo de 1975, *La orgía perpetua: Flaubert y "Madame Bovary"* (Madrid, Taurus).

<sup>2</sup> La referencia obligada es a *Los Raros* de Rubén Darío. Al respecto, baste recordar su primerizo estudio de 1958, *Bases para una interpretación de Rubén Darío*, si bien estos «raros» a los que aludimos ahora se corresponden en mayor medida con los seleccionados o elegidos por Pere Gimferrer.



carácter complementario de los distintos ensayos al situarse todos ellos en torno a una etapa reciente de la producción narrativa del autor: se trata de un conjunto de obras, novelas si aceptamos la convención, pero con implicaciones o ambiciones de ensayo a la vez, todas insertadas en un eje fundamentalmente compacto para ahondar en el aspecto específicamente seleccionado. Ofrezco a continuación las referencias de los distintos capítulos que componen el volumen: Rosa Maria Grillo, *Mario Vargas Llosa e i demonios della storia*; Laura Luche, *Il sogno dell'impossibile: utopie e chisciottismo nell'opera di Vargas Llosa*; Susanna Nanni, *La Fiesta del Chivo: la verità delle menzogne di Mario Vargas Llosa*; y Susanna Regazzoni, *El sueño del celta. El viaje de un héroe fracasado*.

A pesar de utilizar fórmulas alternativas, o en contraste, el discurso gira alrededor de la idea de novela como historiografía. La noción de que la literatura puede suplantar la investigación a la vez que desarrollar una función supletoria y de sustitución de la teoría política, que se halla presente, si bien con intermitencia, en toda la historia moderna de América, especialmente de Hispanoamérica, en la producción más reciente del escritor peruano asume una aceleración hasta convertirse en momentos en auténtica obsesión.

Eje fundamental de este discurso lo constituyen algunas de las novelas de mayor impacto de Vargas Llosa, tras los grandes éxitos de la primera etapa. En realidad todos los colaboradores del monográfico reconocen en *La guerra del fin del mundo* (1981) la discriminación entre una narrativa de variedades temáticas y formales y la definición del marco histórico como preponderante. Asimismo, queda definido un impulso a la extraterritorialidad. El Brasil suspendido entre el Imperio y la República resulta un marco ideal para hablar de las mentiras de los milenarismos o de las utopías de la felicidad irracional. La apropiación del antecedente (o del documento, de la investigación o de la búsqueda de las fuentes en una simulación del empeño historiográfico) viene a representar en la referencia a Euclides da Cunha de *Os Sertões* (1902) la coartada para rememorar el sebastianismo y toda la tradición que desembocaría en *Mensagem* (1934) del imperdible Pessoa. Este aspecto de elitismo y de europeísmo un poco esnob de Mario Vargas con cierto garbo queda al margen de las investigaciones y ensayos de los que estamos discutiendo. Se trata de una actitud amable y, por tanto, meritoria pero que, sin embargo, escamotea una característica incuestionable del texto. Rasgo que se repite, en efecto, en diferentes manifestaciones posteriores. No en vano, Rosa Maria Grillo dirige su mirada hacia el ensayo teórico (*La verdad de las mentiras*, 1990), al que dota de privilegios frente a sus dispares epifanías narrativas.

Coherente con una propensión que la ocupa desde hace tiempo, Laura Luche insiste en cambio en una refracción entre la escritura creativa destinada a desacreditar la realidad de los falsos profetas y el modelo de toda la tradición hispánica identificado con el *Quijote*. Naturalmente no se trata del gran libro cervantino asumido en su realidad histórica, sino de su desviación romántica y modernista, el don Quijote de



Simón Bolívar o el de Miguel de Unamuno. O, peor todavía, el don Quijote de Ernesto Guevara, del que Rosa Rossi y Giuliana Di Febo en una antología de la crítica cervantina de los años sesenta (algo izquierdista...) hicieron mención, señalándolo como colofón de la obra<sup>3</sup>.

Luche centra su interés en una de las novelas emblemáticas de este recorrido vargasllosiano: *Historia de Mayta* (1984). En realidad, aquí, como en otros libros del escritor, los críticos tratan de arrojar luz sobre la conformación narrativa del rencor y su desarrollo en un personaje desdichado. La novela, en una especie de reinención del caso clínico naturalista, describe un itinerario en el que la neurosis del protagonista, héroe epónimo como ciertos personajes galdosianos, construye su frustración existencial e ideológica como respuesta a una inconformidad social, a una fallida integración, un error de magnitud insalvable; mimesis en esto de la imposible realización del medro en el personaje picaresco, especialmente en el Pablos quevediano. El protagonista, así pues, se ilusiona con una restauración de la fantástica biblioteca del hidalgo cervantino: inunda su cuarto de panfletos, carteles, hojas que deberían con su presencia hacer verdad las «novelas» de Marx, Lenin y otros fantasmas del parnaso revolucionario. No en vano, su continuador se convertirá pronto en un enigmático, contradictorio nacionalista irlandés de *El sueño del celta* (2010). Escritores fracasados hasta en la voluntad de serlo, suplantadores de Dios sin llegar siquiera a saberlo renuncian a novelar para fingir una historia de un viraje fantasioso e imposible. Herederos de un hipotético *Corazón de tiniebla*, se parecen tremendamente al Brando de Coppola (*Apocalypses Now*), más que al sujeto intérprete de las inquietudes del viajero explorador Conrad.

Finalmente a este libro, y a este personaje, a sus diarios que exploran ya no la selva de África o de la selva amazónica, sino las cavernas de la sexualidad pervertidas (pero ya se sintió atraído por ellas Pío Baroja...) se dedica, creo justamente, la clausura del recorrido, después de un estudio, que es a la vez el más largo y pormenorizado de todo el número, el de Susana Nanni, centrado sobre una novela aún más tremendista si cabe, *La fiesta del chivo* (2000). No me detengo a ofrecer un comentario detallado sobre este riguroso y denso estudio, del cual sin embargo discrepo en unos matices de cierta importancia, puesto que expresé una lectura distinta sobre las posibles implicaciones literarias y políticas de la novela de Vargas Llosa en un artículo de hace ya unos años<sup>4</sup>. En ese trabajo ponía en relación el libro de Vargas con los ejercicios de reescritura y ciertos fantasmas de retrodatación, como ocurre en *La guerra del fin del mundo* y su ancestro literario, el caso de la reconversión narrativa de la historia de la República Dominicana de Trujillo<sup>5</sup>. Hoy añadiría que resume en sí todos los fracasos

<sup>3</sup> Giuliana Di Febo, Rosa Rossi (a cargo de), *Interpretazioni di Cervantes* Roma, Savelli, 1976.

<sup>4</sup> Giuseppe Grilli, "Tre romanzi su Santo Domingo-Trujillo", *Belfagor*, LVII, num. 340, pp. 435-448; además del de Mario Vargas Llosa, incluyo en la serie el *Galíndez* de Manuel Vázquez Montalbán y el hipotexto de Vicenç Riera Llorca, *Tots tres surten per l'Ozama*, de 1946.

<sup>5</sup> Véase al respecto las consideraciones de Nanni, pp. 78-81.



del Caribe. Estos, además, representan la novela como *mise en abyme* de un continente que se mira sin verse en su mar interno, el mar de Colón, el del “descubrimiento” y de su imposible constitución libre. Los españoles habían edificado el estado, los estados, si bien en la forma de los virreinos. Para independizarse, los americanos debían inventarse algo diferente. Y fue la nación. Pero se trataba de otro imposible: sin lenguas, culturas, etnias identitarias, la nación no sabía ni podía llegar nunca a saber serlo<sup>6</sup>. Y por tanto el proceso no pudo no resultar problemático, conflictivo y constantemente puesto en entredicho. Y también con implicaciones recurrentes, en la alternancia de la integración y el desacato; entre criollos y españoles, en un primer momento, y luego progresivamente implicando a indígenas, negros y las complejas formas del mestizaje. Hasta la llegada verdaderamente impresionante de las oleadas de europeos inmigrantes de distinta procedencia con una masiva presencia de italianos ya a partir de las primeras décadas del siglo XIX. De ahí, de la imposibilidad de dibujar identidades en un sentido «romántico» y resurgente, al estilo europeo, surgió la necesidad de la aparición del Dictador: la patria sería la matanza, individualizada, selectiva, generalizada, siempre cruel, inmotivada las más veces, siempre inútil. Todo esto abre paso a un rito expiatorio, una Ifigenia inmensa y coactiva (oportunamente citada en la pág. 89)<sup>7</sup>.

Se torna preciso juzgar, o por lo menos enjuiciar, la trayectoria de Mario Vargas Llosa en ese intento de escribir o reescribir la Historia de un país (su patria difícil y un continente angustioso y contradictorio) que le ha asegurado un éxito esplendoroso, y a la vez ha rechazado y denunciado como un cuerpo extraño, al reconocerle como un expatriado. Creo que una respuesta – si la hay o puede encontrarse – la atisbamos semioculta en una frase, casi un inciso, en el estudio de Susana Regazzoni, cuando relaciona *El sueño del celta* con un antecedente presente en *La casa verde*, lo que permite señalar así que la discontinuidad de géneros y temas en Vargas Llosa es una mera apariencia. Me refiero a ese motivo del rapto de las niñas de las aldeas amazónicas perpetrado por las monjas evangelizadoras a fin de sustraerlas de la violencia de los caciques y responsabilizarlas de sus vidas con una alfabetización libertadora.

Tras la publicación de la novela, y tras su éxito entre el público y sobre todo entre los lectores más exquisitos, Mario dio a luz un librito, publicado en una colección de libros breves de la refinada Tusquets editores: *Historia secreta de una novela* (1972). Ahí se decretaba el magno error de la ambición progresiva: las adolescentes rescatadas se encontraban imposibilitadas de volver en el corazón de las tinieblas con una trágica regresión a la selva para someterse a los caciques tradicionales; tampoco

---

<sup>6</sup> Remito a una antología reciente e interesante recopilación de estudios sobre el tema: Camilla Cattarulla e Ilaria Magnai (eds.), *Escrituras y reescrituras de la Independencia*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.

<sup>7</sup> Véase cómo se enfrenta el tema en *Risorgimenti, anti Risorgimenti, neo Risorgimenti*, Actas de la *II Giornata Siciliana di Studi Ispanici del Mediterraneo*, 2011 (en prensa).



podían quedarse *in eterno* en la misión. De esta manera solo les aguardaba el destino de la ciudad, con sus *bidonvilles*, sus burdeles o la explotación en el trabajo doméstico. La receta consistía en una vil propuesta reaccionaria y solipsista. O bien, si la obsesión dominante se produce y continúa produciéndose en todas las variantes, tal vez se tratara de una obsesión estrictamente literaria, típica del polígrafo con genio: la remodelación de un célebre pasaje de *La Celestina* donde debaten sus destinos Elicia y Areúsa, prostitutas, y Lucrecia, servidora en casa del rico Pleberio, sobre qué destino les era preferible.

Con esa duda, más vale dejarlo así, sin conclusión. Y, en efecto, tras ahondar en la narrativa reciente de Mario Vargas Llosa, el volumen deja múltiples pistas abiertas, de acuerdo con una idea del autor a favor de la pluralidad tanto de las preguntas como de las respuestas. O sea, a favor de la libertad.

---

**Giuseppe Grilli**

Università degli Studi di Roma Tre

[ggrilli@uniroma3.it](mailto:ggrilli@uniroma3.it)